

RECUERDOS CON HISTORIA, 108

CERILLAS “IMPERIALES”

No es ninguna novedad hacer colección de cajas de cerillas antiguas. Son objetos simpáticos por su variedad y colorido y, quiérase o no, son reflejo de una parte de la historia tanto por lo que son en sí mismas como por las “portadas” con que se han decorado a través de los años. Y eso, contra lo que pudiera parecer, no es un tema de *colección pequeña*. Todo depende de la actitud que adoptemos en considerarlo. Lo que sí es innegable es que coleccionistas de esas cajitas los hay a miles y que esas colecciones están al alcance de muchos bolsillos.

La mayoría de las veces una caja de cerillas de las “de antes” es un feliz encuentro entre la funcionalidad y el arte. La funcionalidad era exigible, el arte añadido. Porque para que tan humildes cajitas fueran atractivas los fabricantes no se andaban con tonterías y solían llamar a los mejores ilustradores del momento. Uno de ellos es don José M^a Bueno que, en los años 60, iluminó unas cajitas de La Fosforera Española con uniformes militares. También lo hizo, aparte sus conocidísimos libros, en interesantes álbumes de cromos. Todos muy buenos trabajos.

Hoy vamos a observar unas imágenes referidas a una breve colección de cajas de mixtos francesas, tamaño “generoso”, cuyas ilustraciones salieron de los pinceles del que fuera gran pintor e ilustrador militar del siglo pasado Lucien Rousselot.

En Francia, en los ambientes interesados por la uniformología, todo el mundo conoce a L. Rousselot. Sus telas, dibujos, acuarelas y gouaches son más que famosos por su alta calidad y su excelente concreción histórica. Por eso aceptó encantado la propuesta de ilustrar un grupo de cajas “d’allumettes” que hoy se coleccionan con agrado.

Cuando desaparecía nuestro gran pintor hispano de temática militar del siglo XIX Josep Cusachs (nacido accidentalmente en Montpellier) llegaba a este mundo, a inicios del s. XX, Monsieur Lucien Rousselot. Cada cual llenó su siglo de magníficos testimonios pictóricos referidos al mundo de la milicia, a sus uniformes y a su colorido. En el siglo XXI lo hace, con calidad sin igual, el español Ferrer Dalmau quien, tal vez algún día, también se decida a efectuar lo propio que buena falta les hace a algunas cajitas cerilleras actuales de escaso o nulo atractivo. Si es que *don mechero tecnológico* o *míster botón de encimera mágica*, no acaban antes con ellas.

Las cajas que presentamos a la curiosidad del lector nos informan sobre la uniformología de la era napoleónica en el cénit del “Premier Empire”, es decir, entre 1804 y 1815. Los años de la gloria del uniforme que aún hoy, dos siglos después, hacen correr ríos de tinta.

Las modestas cajas de “cerillos” marcaron una época en nuestra infancia. El abuelo encendía su cachimba con una de ellas. La abuelita inflamaba la antigua y depauperada “cocina económica”. Mamá las velas por la noche en los años de restricción. Papá, el fuego, entre pedruscos, si algún domingo, pocos, salíamos a comer al campo. ¿Y los niños? Los niños, apasionados coleccionistas innatos sin un céntimo, las cambiábamos con furor en el patio del colegio. Como los maravillosos cromos del “Oeste Salvaje”, hogaño también “viejos”, del chicle hinchable Globo.

Las cajitas aquí tratadas traen recuerdos de un tiempo. De un tiempo que se nos antoja ya muy lejano. Ellas también han hecho historia en la intimidad de todas y cada una de las familias.

El magnífico “*Museu dos Fósforos*” de la ciudad portuguesa de Tomar, es un ejemplo contundente.

Vicente Navarro
Junio, 2017



En esta imagen podemos contemplar dos cajitas de cerillas representando un flanqueador de Infantería Ligera y un cazador a caballo de la Guardia Imperial. Ambas vigiladas de cerca por la efigie del emperador estampada, en plata de elevada ley, sobre una pinza para papeles.



Junto a un histórico sable para oficial de Infantería de la Guardia Consular e Imperial, en cuya cruz aparece la efigie “laureada” del emperador, un par de cajas en las que se observan un “sanitario” y un tirador de la Joven Guardia intentando cargar su fusil sin despellejarse los dedos entre baqueta y bayoneta con los nervios de la batalla.



Caja cerillera con un tambor mayor en el portalón de una “ferme” debidamente acompañada de un veterano “grognard” fumando en pipa. Todo un compendio napoleónico de primer orden.



Imposible que el artista-dibujante L. Rousselot, Caballero de la Legión de Honor, olvidara representar los dragones en una de esas cajitas. A pie (figura de la izquierda en plomo) este dragón parece un tranquilo granjero buscando su rocín. A caballo y en plena carga, inspiraba pavor.



Figuras de plomo representando Napoleón y parte de su Estado Mayor en la puerta de la granja “La Belle Aliance” durante la batalla de Waterloo. En la cajita, otra vez pasa el médico, con cara de susto y sufrimiento a la vez, corriendo de un lado para otro intentando salvar lo insalvable.



Parece que las cajas de cerillas dan para mucho. En la que se observa, aparece un artillero cargando la pieza. A alguien se le ocurrió agarrar una robusta piedra, unos pinceles y representar la misma escena. Todo un detalle.



Interesante grupo. Nada dejó al azar el pintor artista. A pie o a caballo sus acuarelas plasmadas en estas cajas son el compendio de una convulsa época histórica. El águila imperial, amenazadora, observa “sus ejércitos”.



Para acabar, presentamos unas cajitas cilíndricas de evidente y simpático impacto. Claro que con esas entramos en territorio “inglés” y eso ya es otro mundo. Lo tendremos de dejar para mejor ocasión.